

**E**s ya clásica en la historia de los últimos años, la imagen de la ciudad ocupada por un ejército extranjero. La guerra mundial y las parciales que, intermitentemente y casi sin interrupción, la han seguido, han acostumbrado al mundo a este estado de cosas. Los americanos han sido, con frecuencia, protagonistas activos de este tipo de situaciones. Sus altas siluetas han destacado por encima de las más menudas de los japoneses, de los coreanos y, ahora, de los vietnamitas. En todos los casos, los problemas han sido prácticamente los mismos e idénticos los resultados. Los perfiles de las ciudades han ido cambiando, sus formas de vida se han hecho híbridas, las costumbres de los ocupantes y los ocupados se han mezclado sin llegar a producir un nuevo modo de vivir diferenciado. Los problemas raciales se han recrudecido, la «confraternización» ha provocado situaciones espinosas.

Saigón es, en el momento presente, una de estas ciudades que viven en un régimen ficticio, donde las contradicciones quizá se den en mayor medida que en otras que hayan atravesado por experiencia similar. En los anteriores casos, al menos, la situación era clara, nítida. La ciu- **SIGUE**

# SAIGON

## EL REPOSO DEL GUERRERO



Incluso de espaldas, y con vestimenta civil, las siluetas de los soldados americanos acantonados o, de permiso en la capital sudvietnamita, resultan inconfundibles.

Los hoteles de lujo  
se han convertido  
en oficinas para  
el Ejército o residencias  
y clubs de oficiales.  
Los vietnamitas,  
para tener acceso  
a ellos, deben  
acreditar debidamente  
su identidad y dejar  
la documentación  
en depósito.



# SAIGON

Todo un pequeño tráfico ha surgido en torno a los americanos, a los que se intenta vender exotismo a buen precio, mientras, en contrapartida, las muchachas vietnamitas, sin por ello abandonar los procedimientos de transporte ancestrales, americanizan al máximo su indumentaria y su maquillaje. A la derecha, uno de tantos «snack-bars» como han surgido en las calles de Saigón para servir a los ocupantes.



dad, como el país, estaba abiertamente en guerra o en paz. Aquí las cosas son diferentes. El país, Vietnam, está, nadie lo discute, en guerra. Pero la específica característica de esta guerra hace que, teóricamente, pueda considerársela más rural que urbana. Sin embargo, y por momentos, Saigón está convirtiéndose en un escenario más de la lucha que asola al país. Los atentados se repiten, la sangre en las calles está cerca de ser un espectáculo cotidiano. En la última semana, en cuatro días, se han producido otros tantos atentados, y sólo el sábado el balance de las víctimas fue de catorce muertos y cincuenta y cinco heridos. Pero, junto a esto, Saigón sigue esforzándose en mantener su aspecto de ciudad de placer en la que el guerrero, especial y privilegiadamente el guerrero americano, pueda entretener su espera, espera

que constituye, en una guerra de guerrillas como la que se desarrolla en Vietnam, uno de los elementos fundamentales de la misma.

En Saigón esperan los contingentes no destacados; allí transcurren los permisos breves que no llevan aparejado el viaje al país natal. Por otra parte, la ciudad está hecha para la espera, pues esperar es lo que, en realidad, ha hecho en los interminables años en que, guerra tras guerra, sus habitantes creían que de una vez les llegaría el momento de entregarse a la construcción real de una vida independiente. En cuanto a convivir con un ejército ocupante, a los habitantes de Saigón no les coge de sorpresa la situación. En 1859 fueron los franceses, que en 1941, bajo el gobierno de Vichy, autorizaron a instalarse en la ciudad al Ejército japonés. Desde allí llevaron a cabo las tropas de Hirohito sus operaciones sobre

Siam, Malaca, Indonesia y Birmania. Después, y una vez lograda la independencia, fueron los americanos los que llenaron sus calles, sus restaurantes, sus lugares de diversión. Sin contar las numerosas minorías asiáticas que, desde 1954, se refugiaron por motivos políticos en la ciudad, aunque éstas, por lo general, se mantienen al margen de la vida brillante y bulliciosa por razones obvias: las económicas.

La vida de lujo queda, prácticamente, reservada a los americanos. La inmensa ciudad de más de dos millones de habitantes ha quedado, como todas las que han pasado por una larga época colonial, fraccionada en sectores bien diferenciados, según estuvieran destinados a los europeos o a los indígenas. Junto a la ciudad occidental, con sus amplios bu- **SIGUE**

BAR RESTAURANT  
BLUE ANGEL

COIFFURE BARBERSHOP  
STEAM & MASSAGE

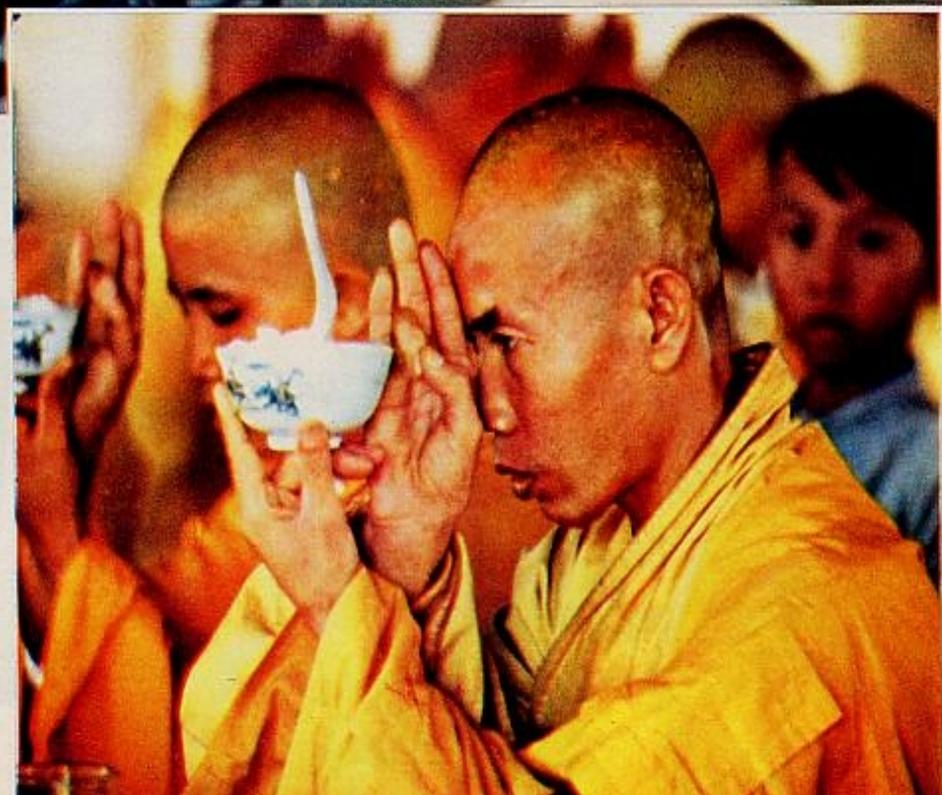


# SAIGON

El centro comercial de Saigón, en el que la publicidad acapara todas las fachadas como en cualquier ciudad occidental, y en el que sólo el «trishaw» pone una nota de color, coexiste con el «áo-dai», vestido tradicional de las mujeres vietnamitas, y con las prácticas religiosas de los monjes budistas de Theraveda.



levares bordeados de villas de recreo, coexisten los barrios populares, de tortuosas callejuelas, en los que se hacían los orientales. Los meandros del río que une a Saigón con el mar hacen posible que se tenga la impresión de que los barcos navegan por tierra firme, cuando se los ve avanzar desde las ventanas de la parte alta de la ciudad. Ventanas que, si contribuyen a dar esta ilusión, en contrapartida, no contribuyen a la de la lejanía de la guerra, ya que, desde ellas, es posible divisar, sentado ante la mesa de un lujoso restaurante en el que se sirven las más exquisitas especialidades de la cocina francesa, la inacabable llanura entre cuyos matorros evolucionan posiblemente, en ese mismo momento, los guerrilleros Vietcong.



Pero lo que quedaba de la vieja ciudad francesa está cambiando completamente de carácter. No porque la civilización oriental haya terminado por reasimilarla, sino porque, en el relativamente corto espacio de tiempo transcurrido desde que el contingente americano adquirió las proporciones masivas que hoy tiene, el «american way of life» se ha hecho dueño y señor del terreno y lo francés es ahora neoyorquino. La hamburguesa ha sustituido al «coq au vin» y la coca-cola ha desplazado al «beaujolais». Los restaurantes no han sido los únicos en sufrir esta evolución. Los «drugstores» han comenzado a multiplicarse, las cafeterías a la americana surgen como hongos, los «juke-box» están a la orden del día. Los hoteles importantes se han converti-

**SIGUE**

# EL PRIMER CARNET DE CONducIR

¡ con la nueva VESPA "50" !

EL DIA...

*adiós con  
pedales*



El primer carnet de conducir se concede a los 16 años. Ese es el carnet que necesita la nueva VESPA "50". A los 16 años empieza la "edad del motor". Ahí está VESPA "50".

Un scooter seguro, suave en la marcha. Un motor de "primer carnet" que se alarga hasta los 65 km/h. VESPA "50" para ir a clase, para la pandilla, la independencia, el aire y el sol, las vacaciones. Cuando se tienen 16 años, hay que decir adólos a los pedales, es ya el momento de gozar de un motor. VESPA "50" es un scooter, una máquina, un vehículo, una carrocería, otra cosa, otra compañía, otra línea, otro placer...

12.950

pesetas  
UN AÑO DE  
GARANTIA

VESPA "50": CARNET A-1 (desde los 16 años)  
MATRICULACION CON DERECHOS GRATUITOS - EXENTA DEL IMPUESTO DE LUJO.

Hablemos un poco, de la mecánica de VESPA "50".

2 plazas • Velocidad: 65 Km. h. • Pendiente superable: 25 % • Consumo: 1,6 litros 100 Km. • Cilindrada: 49,77 • Carrera del pistón: 43 m/m. • Distribución relativa • 2 tiempos 1 cilindro • Potencia máxima: 3,2 HP • Encendido por volante magnético • Bobina de alta tensión • Refrigeración por aire forzado • Mezcla: 2° • Embrague de discos múltiples • Arranque por pedal • Transmisión directa a la rueda trasera • 3 velocidades • Caja de velocidades en bloque • Carburador con starter • Chasis monocasco autoportante • Dirección monotubo • Manillar monobloque con faro incorporado • Suspensión delantera: muelle y amortiguador hidráulico de doble efecto coaxial • Suspensión trasera: muelle bicónico y amortiguador de doble efecto coaxial • Frenos de expansión sobre las dos ruedas • Neumáticos: 3" x 10" intercambiables • Cerradura antihurto.

*Vespa "50"*



do en sucursales del Estado Mayor U.S.A., donde la entrada les está vedada a los vietnamitas que no demuestren previamente su identidad y dejen, como señal, su documentación previamente verificada a la puerta...

En los bares, los soldados libres de servicio pasan las horas muertas jugando a las cartas o escuchando discos procedentes de su país. Las encargadas de los locales, haciendo gala de eso que se ha dado en llamar «paciencia oriental», les ven beber ya acostumbradas a su sed y tienen, con frecuencia, que recurrir a su mejor dialéctica para convencerlos de que en sus establecimientos no se pueden satisfacer otros deseos que los relacionados con la enseña que en ellos figura.

Al lado de los soldados evoluciona, como ocurre siempre en estos casos, un submundo compuesto por muchachos y jóvenes desocupados, inadaptados, que buscan una vida fácil, proporcionando a los ocupantes cosas que no pueden conseguir por la vía regular. Chicas que intentan disimular sus rasgos orientales con un maquillaje exageradamente occidental, jóvenes en ceñidos «blue-jeans» que viven de mil pequeños tráficos.

Un panorama, en suma, muy similar al del Japón de los primeros años de posguerra, con su vuelta, en redondo, de las costumbres tradicionales y la «rebelión sin causa» de un sector de la juventud que sobrepasó su adolescencia entre las convulsiones de la guerra. Esta actitud de rebeldía, traducida en un simple dejarse ir por el camino aparentemente más fácil, se ha manifestado, se está manifestando, en el Saigón ocupado, con características particularmente agresivas en función de las coordenadas históricas del pasado reciente. De un lado, si la guerra, al actuar como revulsivo, siempre provoca actitudes de este tipo, no hay que olvidar que, para los vietnamitas, la guerra tiene características casi endémicas; de otro, la reacción contra el puritanismo que, por la fuerza, intentó imponer, durante la época del mandarinato de los Diem, la célebre «Madame Dragón», ha hecho que el twist y los ritmos que le han sucedido se hayan convertido poco menos que en banderas de una libertad que, muchas veces, no va más allá del propio hecho de bailarlos.

Este es, hoy, el panorama que Saigón ofrece al visitante. Una prosperidad artificial, derivada de la presencia en la ciudad de los bien pagados «G. I.» americanos, no basta para ocultar el estado de descomposición en que se encuentra una fracción numéricamente importante de la juventud de la ciudad. Al margen del grupo reducido que ha encontrado la manera de seguir adelante, convirtiéndose en «auxiliar» de los «americanos tranquilos», cada día se practican en las calles unas setenta detenciones de muchachos en edad militar que intentan escabullirse del servicio de las armas. Mientras tanto, a muy pocos kilómetros, protegidos por la frondosidad de la vegetación y por la complicidad de la población civil, los guerrilleros continúan su lucha.

(Fotos Don McCullin—Observer  
Copyright by Camera Press)

## SAIGON



El letrero de bienvenida del restaurante flotante My Canh quedó en este estado después de uno de los atentados que, cada vez con más frecuencia, se producen incluso en las calles más céntricas de Saigón.



Al lado de los americanos es casi inevitable encontrar a jóvenes que intentan obtener de ellos un dinero fácil.